

CONFORMISTA MODELO 71

¿QUE significa actualmente ser un conformista? El comportamiento del hombre social o doméstico, regulado por miles o tal vez millones de leyes, sigue una trayectoria similar a la de quien, caminando sobre la cima de una montaña, no es capaz de mantenerse en equilibrio y se balancea peligrosamente hacia los lados. Pero esa montaña, esa cima, ese sendero desdibujado, existen sólo como proyección de la voluntad de los demás, entendido no como entes individuales, sino como un conjunto invisible, poderoso, amenazador. Esta multitud pide, exige, sanciona, no con el capricho y la inestabilidad pueril de la multitud que aclama a los dictadores o delira de entusiasmo en los estadios; su presencia es, generalmente, inexistente, sus leyes no están codificadas, los canales a través de los cuales se hace oír su voz son desconocidos. Pero existe; la llaman norma, uso, conciencia, moda; es como el pan: cada época, cada región, cada ciudad, tiene la suya y siempre tiene las mismas características. Conformidad, conformismo, deseo y necesidad de parecerse a los demás y de encontrar de esa forma, en su tácita aprobación de nuestra existencia, la imagen de nosotros mismos. De un niño que observa a su padre, imita sus gestos y reproduce la entonación de su voz y de sus palabras, no se puede decir que sea conformista; él va en busca de un modelo al cual imitar, de un sostén que le permita actuar sin temor a tropezar.

El conformista nace más tarde, y, como el de Moravia, nace a menudo como consecuencia de un trauma. El ha cometido una falta, que acaso sea sólo la de ser joven, de sentir la fuerza de la pubertad, de sentirse sin verse y mirando sólo a los demás, como el patito feo de Andersen, que representa la imagen más poética de cómo nace la tendencia al conformismo. Este pecado de sentirse distinto de los demás exige una expiación, y más tarde una absolución. «Que-

ro que el perdón me lo dé la sociedad», dice el protagonista de la película de Bernardo Bertolucci, inspirada en la novela de Moravia que ha dado pie a este debate. («El conformista de Bertolucci es una transcripción muy respetuosa de la novela original, y está realizada con amor y gran eficacia.») No se puede prever el camino que el paciente escogerá para curarse de su trauma y de su pecado; las circunstancias serán las que den una forma definitiva, según los casos, y habrá, por tanto, infinitas formas de conformismo, que, según las épocas, podrán incluso constituirse en sistemas y, a su vez, exigir observancia y respeto. Así sucede con el conformismo político, con el literario y con el mundano, examinados en estas páginas; ellos dominan sectores enteros de la vida social, inspiran y gobiernan la acción de los individuos que se adhieren a esta religión y la soportan para, a su vez, gobernar a los otros. Según las épocas, los conformismos de uno u otro tipo pueden asociarse, proliferar, imponerse; y los conformistas pueden encontrar en cualquier parte el pan que llevarse a la boca y el bálsamo para curar sus heridas; al igual que el personaje de Moravia, y en tantos otros que casi constituían una nación, lo pueden encontrar incluso en el fascismo; cuántas cosas no haría el hombre para curarse de sus males. A través del entrelazamiento y la superposición de los conformistas y de los conformismos, formando algo así como los cimientos de un edificio, nace lo que se suele llamar la realidad viva de una nación. Las generaciones sucesivas se transmiten las huellas y los testimonios de esa realidad conocida y presente en aquellos que están inmersos en ella; como contribución modesta, y tal vez como punto de partida para una discusión más amplia, se ofrecen aquí los análisis de las tres facetas principales de este Proteo, enfocadas según los criterios y los usos de estos tiempos.

to modo trascendente, del régimen. En otros términos, el régimen, aparentemente fuerte, era el resultado de una suma de debilidades. Las debilidades de los innumerables conformistas que lo sostenían, haciéndose la ilusión de ser sostenidos por él.

Por otro lado, precisamente porque el régimen se basaba en la transformación alquimista de los valores de decadencia en valores patrióticos (es típica en este sentido la transformación de don Anunzio), el precio que todas las sociedades exigen de quien pide protección y justificación no podía ser, a su vez, más que la expresión de aquella corrupción que el régimen pretendía haber abolido. El régimen terminaba dando aquello que había recibido. De este modo, al criminal se le pedía una criminalidad más feroz; al miedoso, un miedo más atroz; al mentiroso, mentiras cada vez más declaradas; al deshonesto, robos siempre más importantes. Habiendo nacido de la corrupción, como falso remedio a la corrupción, el régimen corrompía a quien no estaba corrompido y aumentaba la corrupción de quien ya lo estaba desde antes. El protagonista de «El conformista», para acallar su sentimiento de culpabilidad inspirado por un delito que, en realidad, no ha cometido, se adhiere al régimen, el cual, a cambio de su protección, exige de él que cometa un delito todavía más grave que el que creía haber realizado. De este modo, a la salida del fascismo, el personaje se encuentra en una situación mucho peor que la anterior. Bernardo Bertolucci ha sustituido en su película el sentimiento de culpabilidad inspirado por un delito con el mismo sentimiento inspirado por una latente homosexualidad. La sustitución no modifica la operación conformista. A este propósito, quiero recordar que ya J. P. Sarte, en su cuento «L'enfance d'un chef» («La infancia de un jefe»), había presentado el caso de un homosexual que trasmuta su propia «anormalidad» en la «normalidad» de la violencia fascista. Por otro lado, las biografías de los jefes fascistas o nazis son muy elocuentes en este sentido. Se trataba casi siempre de personas inestables, taradas y fracasadas, que, en un determinado momento de su vida, habían transformado su fracaso en triunfo, a través de la transformación de los valores de decadencia en valores patrióticos.

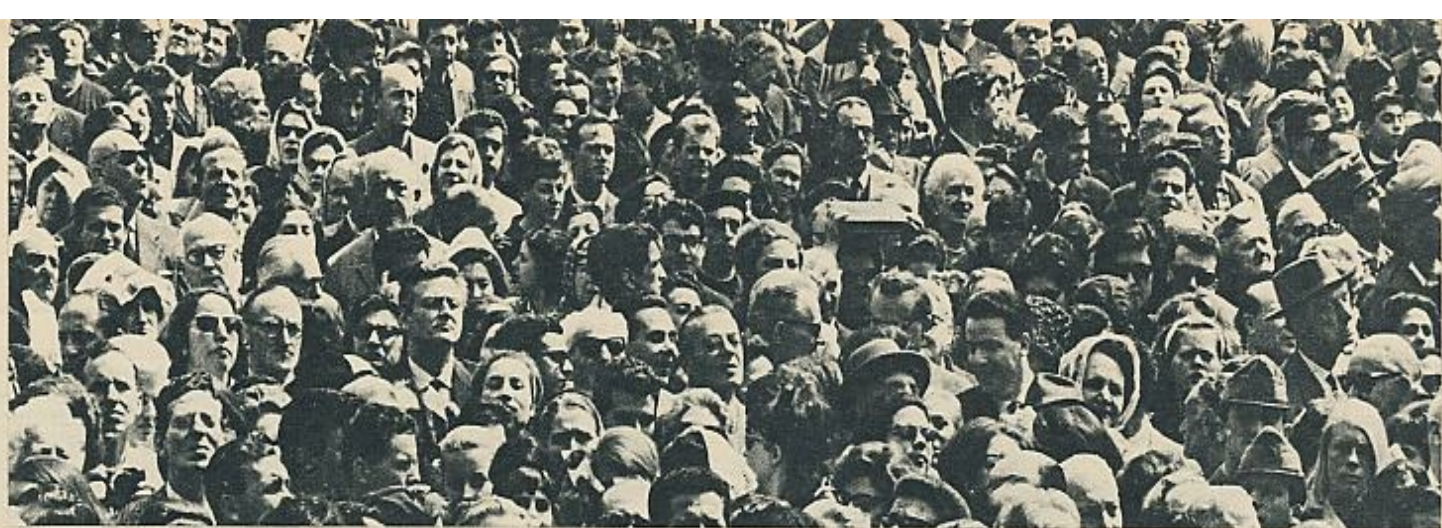
EN LA POLITICA

ALBERTO MORAVIA

EL conformismo político que he intentado definir y describir en mi novela «El conformista», en la cual Bernardo Bertolucci ha basado su película del mismo título, es el de las dictaduras fascistas de los llamados años treinta. Naturalmente, el fascismo tuvo un origen económico, pero la adhesión a un régimen es siempre y ante todo un hecho individual; las sociedades son lo que son por motivos evidentemente sociales; sin embargo, los

individuos que las componen no se dan cuenta de ello, y, en todo caso, en el momento en que sufren las determinaciones sociales, las transforman en dramas individuales. La observación directa y la experiencia personal me convencieron entonces de que, cualquiera que fueran los orígenes remotos del régimen fascista, quien se conformaba con él perseguía muchas veces, aunque fuera de un modo inconsciente, un doble objetivo: en primer lugar,

transformar la propia anomalía y negatividad, verdadera o supuesta, en normalidad y positividad mediante la adhesión «históricamente» motivada a un régimen que precisamente se proclamaba a sí mismo el defensor de la normalidad y de la positividad; en segundo lugar, obtener, gracias a esta transmutación de los valores de decadencia en valores patrióticos, y a cambio de la adhesión conformista, la protección y la justificación, en cier-



Naturalmente, también las dictaduras de izquierda tienen su conformismo, distinto en cuanto al origen, pero sustancialmente igual en los reflejos psicológicos e individuales. Es cierto: el origen de la dictadura fascista es la conservación, mientras que el origen de las dictaduras proletarias es la revolución. Pero el proceso psicológico es idéntico y, a través de él, el individuo se ve acosado, presionado, arrollado por las masas y llevado inevitablemente a sentir su propia personalidad como una culpa y a buscar la liberación del sentido de esta culpa a través del confor-

mismo. Naturalmente, en las dictaduras de izquierda, la relación entre el individuo y el régimen puede ser ideológica y no conformista; esto no sucedía en las dictaduras fascistas y sus pseudoideologías. Pero siempre que haya violencia habrá conformismo.

Pero dado que es muy difícil, por no decir imposible, que las dictaduras de izquierda, que son siempre regímenes de masas, no se presenten con un halo de violencia con respecto a los individuos, la violencia colectiva provocará el conformismo individual. ■

rededor el suyo propio, pequeño o grande, en el círculo de admiradores y en el de lectores, que lo confrontan en la lucha muchas veces cansadísima, por ser constantemente «distinto». Existen los conformistas del pasado que saben decir cosas maravillosas, aunque repetidas; los conformistas del presente, más domésticos y afectuosos, y los iracundos o proféticos conformistas del futuro. Estos canijos, peleones, huesudos y roncacos sirven de eslabón de los conformistas venideros, de un pasado que ha de volver: la legión de los jovencitos del año dos mil, enfrascados en los textos que los actuales conformistas rechazan.

Pero los conformistas de la literatura no se limitan a leer, a tomar partido con incauta pasión por unos u otros anticonformistas; ellos también escriben. Desde este punto de vista son, pura y simplemente, la historia de la literatura. En mil años, ¿cuántos grandes se podrán reunir? ¿Veinte, treinta? ¿Y el resto? El resto son ellos. ¿Qué es el siglo XVIII, el barroco, el naturalismo? Nada más que una legión de conformistas. Leían a Marino, a Voltaire o a Zola y reconocían su vocación, humillada y eterna, de coagularse en forma de plancton, en formas continentales, de constituirse en capítulos de la historia de la literatura. Y esto no es una cosa fácil y vulgar. Pensemos en la alegría anónima de los petrarquistas, en sus vidas difuminadas en algunas docenas de sonetos, en canciones extrañas y un tanto capciosas; y para comprender hasta qué punto este conformismo es algo superior y, al mismo tiempo,

fatal, consideremos cuántos y cuántos de los «grandes» empezaron su carrera padeciendo lo que los críticos llaman «influencias», y padeciéndolas, precisamente, como conformistas. Quienquiera que haya leído una Historia de la Literatura, una historia científica, naturalmente, sabe que, aparte de los grandes, la Historia está formada por hombres de segunda fila, por corrientes, por épocas, por influencias. Multitudes, tribus, batalladoras aunque irregulares milicias de individuos anónimos o ligeramente fuera del contorno de su nombre, pero obedientes a un prestigioso, tal vez inmortal, apellido colectivo. Estos son los servidores de la literatura y su lugar está junto a los grandes, al igual que los bufones devotos o cortesanos, muchas veces levemente deformes, se amontonan junto al marco de los cuadros votivos de santos y héroes, dispuestos a salirse, en cualquier momento y para siempre.

El conformismo literario no aspira al poder y sabe que no merece la gloria: su devoción es más dramática y desgraciada. Ellos quieren un fragmento de inmortalidad delegada, quedarse estancados en el centro de una verdad imperecedera. El conformista literario es un cleptómano de objetos sagrados que maneja con clandestina piedad. El que quien todas las tardes, desde tiempos de Orfeo, organiza el dulce té de las cinco para las musas, excéntricas e insolentes señoras. Si no fuera por ellos, la literatura sería una selva inhóspita y arcaica, poblada de reptiles y paquidermos ruidosos y maleducados: los genios. ■

EL ESCAPISMO DE LA ERUDICION

GIORGIO MANGANELLI

Es obvio que los conformistas son, bajo todos los puntos de vista, seres despreciables. La costumbre establece que se hable de ellos con desdén, cuando no con sarcasmo o simplemente con desagrado. Rara vez se merecen el odio, sentimiento viril y solemne, aunque éste se nutra de un folklore usurpado o de una vacía pasión ideológica. Hay que señalar que los conformistas nunca piensan o, por lo menos, nunca piensan con su propia cabeza. Vive en una condición de eterna virginidad fecunda, en medio de pensamientos siempre nuevos y suyos, meditados y sufridos con gran dificultad. El conformista es un cobarde, un esbirro obediente de los designios del poder; y de esta forma, el anticonformista se complace, y con toda la razón, de sus propios bíceps morales, de un tórax ensanchado por toda una vida de matutinos ejercicios de imperativo categórico. En definitiva, el conformista no es exigente ni siquiera al nivel de los sentidos, ya que incluso su ojo y su paladar ven y gustan solamente lo que les permite su degradada obediencia. En definitiva, el conformista es el resultado de

un fatigoso compromiso entre lo humano y la pura y simple nada, y, como suele suceder con todos los compromisos, no satisface a ninguna de las partes. Y aquel que no establece compromisos, que no participa de la nada, se reconoce a sí mismo por lo que es: un lobo solitario.

Confieso que no me siento a la altura de la tarea; no osaría enfrentarme al destino o al mundo con el pecho descubierto, y los amigos que me han llevado a su lado en coche saben que la cobardía es mi única cualidad en grado heroico. Un semáforo me postra en una humillante obediencia, ¡no hablemos de la Historia! Por lo tanto intentaré, más de acuerdo con mi personalidad, hacer una defensa del conformista, especialmente del que me es más conocido y al que mayor afecto tengo: el conformista literario. Tal vez me equivoque, pero esta es la gracia de la tierra de las musas. El compra los libros de los anticonformistas y los comenta favorablemente, los presta a amigos, a los que predispone a una indulgente lectura. Ya que se dan anticonformistas de toda clase y pelaje, cada uno tiene a su al-

LA ESCALADA SOCIAL

CAMILLA CEDERNA

VIVIMOS tiempos en los que muchos ídolos se han derrumbado, muchos mitos han decaído especialmente los mundanos; por lo tanto, ha desaparecido la categoría de aquellos que sin pudor imitan, obsequiosamente admiran y rabiosamente bus-

can la compañía y la intimidad de los que se consideran en un escalón superior. En cambio, proliferan los que se siguen arrastrando ante quienes pueden ayudarles en su ascensión social, para después poder saborear la alegría sutil de ser un día insolentes con